

NUESTROS MÁRTIRES

Francisco Solís Pedrajas
“Sacerdote. Hombre de Dios

Por D. Antonio Aranda Calvo. Presbítero

Entre los muchos sacerdotes que dieron testimonio de fe en Dios, amor a Jesucristo y servicio a su Iglesia, en nuestra Diócesis de Jaén, encontramos al sacerdote Don Francisco Solís. Él dio su vida por el Señor. Él prefirió al Señor, pues era el gran tesoro donde tenía puesto su corazón. Don Francisco forma parte del grupo de seis Siervos de Dios, cuyo proceso de Canonización se inició el pasado día 24 de Octubre de 1994, y que, bajo el título de “Monseñor basalto y Compañeros” lo constituye el Obispo de la Diócesis Don Manuel Basalto y su Vicario General Don Félix Portela; nuestro Don Francisco, Párroco y Arcipreste de Mancha Real y Don Francisco López Navarrete, Párroco y Arcipreste de Orcera; el seminarista Manuel Aranda y el joven José María Poyatos. Algunos datos sobre la vida y muerte de Don Francisco Solís nos ocuparán unos momentos: Nace en Marmolejo el día 9 de Julio de 1977, siendo hijo de Miguel Solís Padilla y Antonia Pedrajas Rodríguez. El mismo día recibió las aguas bautismales en la iglesia parroquial de Ntra. Sra. De la Paz. Su padre, carpintero, sustentaba humildemente la casa, de modo que Don Francisco se consideraba hijo de pobreza y trabajo, obrero él también, que pasó la infancia a la sombra de un taller.

Ordenado sacerdote el 22 de Diciembre de 1900 por Don Victoriano Guisasola, con los 23 años recién cumplidos, desempeña su ministerio en Valdepeñas, consiguiendo el título de Licenciado en estos primeros años, lo que demuestra su amor al estudio, acreditado ya en su estancia en el Seminario.

En 1906 es nombrado Cura Propio de Baños de la Encina, donde se acredita como un gran pastor, amante de Cristo y de María y predicador excelente. En 1913 pasa en “comisión de servicios” a Santisteban del Puerto, donde es recordado como “párroco docto, celoso y piadoso”. En Febrero de 1914 toma posesión de la Parroquia de San Juan Evangelista de Mancha Real, siendo nombrado también Arcipreste.

Una de sus mayores preocupaciones fue atraer al mundo obrero, ofreciéndole toda la dimensión liberadora del Evangelio, de tal manera que fundó un sindicato, conocido por “sindicato católico”, donde acudían muchos obreros y recibían del celoso sacerdote enseñanzas profundas y realizaban acciones sociales de honda envergadura. Promovió la fundación de un colegio con ideario cristiano, dentro de la Institución SADEL. Organizó a los padres, como responsables de la educación cristiana de sus hijos, y se abrió el Colegio

de San Juan de la Cruz en 1934, con un fondo económico conseguido a través de bonos y acciones de padres y simpatizantes.

Ante la escasez y el hambre abrió un comedor, donde se repartía comida diaria en colaboración con las Conferencias de San Vicente y con la aportación y trabajo de feligreses y feligresas. Atento a las orientaciones de la Jerarquía, estableció la Acción Católica en sus dos ramas, hombres y mujeres, con secciones según edades y estado, y múltiples círculos de formación. Tal fue su buen hacer en este campo, que el Señor Obispo lo nombró Consiliario Diocesano de Acción Católica. Interesado por la Catequesis, Adoración Nocturna, Conferencias de San Vicente, visita de enfermos, estudio, confesionario, preparación para la predicación... Entusiasta promotor de vocaciones sacerdotales y religiosas. Amante de los sacerdotes a los que ayudaba como padre y amigo.

Nada más iniciada la guerra civil fue hecho prisionero en la prisión del partido judicial en el mismo pueblo de Mancha Real, junto a otros feligreses suyos. De ésta pasó como “prisionero de Cristo” a la Iglesia Catedral de Jaén donde se distinguió por cuidar con exquisitez, dadas las circunstancias, a los compañeros de prisión; sobre todo, ancianos, enfermos y de menos ánimo. Tanto era su celo y capacidad que se le encomendó dar una meditación diaria, a la que asistían, por grupos, los compañeros y fieles. Siempre estaba el riesgo de los vigilantes, que salvaban como era posible.

El 25 de Marzo de 1937, día de la Encarnación y Jueves Santo, magnífica coincidencia, Don Francisco celebró la Santa Misa para sacerdotes y fieles en la enfermería improvisada en la cárcel catedralicia, a escondidas de los vigilantes, en el lecho del dolor, anticipo de la muerte cercana. En aquel misterioso convite, los supervivientes afirman que jamás gozaron de más libertad de espíritu. Con la muerte del Sr. Obispo, pensaron elegirle para Administrador de la Diócesis hasta que la Santa Sede dispusiera otra cosa; pero él declinó este cargo, creyendo que otros podían llevar este honor y que a él le dejaran el trabajo y el servicio.

El 4 de Abril de 1937, domingo “in albis” en pleno gozo de resurrección, Don Francisco entregaría su vida al Señor: le sacan, junto con otros, en un camión, a media noche, tomando el camino de Mancha Real, hasta las paredes del cementerio. Por el camino anima a sus compañeros y exhorta a los guardias...; los que van al sacrificio cantan al Señor y a la Virgen, preparándose así para la muerte. Don Francisco será el último en morir, nadie se atrevía a disparar. Al fin segaron su vida con un fatal disparo. Como escribe Don Francisco Cavallé, que fue catequizando suyo, “Él fue tan solo sacerdote: sacerdote de Cristo, cien por cien. Fue párroco de todos sus feligreses, saliendo con remedios eficaces, a favor de sus almas en todas las circunstancias. Fue sola y exclusivamente pastor de almas. Fue guía de almas en tiempos difíciles. Fue hombre de Dios”.

(Publicado en "Iglesia en Jaén", nº 125. 31-12-1995)